

# El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 238

Sevilla.—Martes 16 de Octubre de 1900

AÑO XXIV.

## Nuevo garante

El lfo existente en las esferas gubernamentales rebasa el límite de lo inconcebible. El ministro de Hacienda, obrando de acuerdo con su patrono Villaverde, pone el veto á todo gasto, y amenaza con abandonar el puesto si el Consejo vota aumento en los presupuestos parciales de los departamentos.

El Ministro de la Gobernación, abrumado bajo el peso del famoso decreto de reorganización de Diputaciones y Ayuntamientos, y desairado por amigos y adversarios, que se niegan á aceptar los cargos de diputados interinos de real orden nombrados, y á virtud del decreto, que acusa una verdadera violación de la ley fundamental, de la ley en que se apoya el régimen, ha contraído una dolencia que probablemente le obligará á declinar el cargo y abandonar la cartera, sin perjuicio de prestar sus servicios en otro departamento.

Da á manos llenas el Ministro de Gracia... frailuna y reaccionaria, á conventos, instituciones místico religiosas y asociaciones de frailes, jesuitas y demás hermanucos y hermanucas, todo lo que puede y lo que no puede, aun falseando la ley y atropellando los derechos de los empleados de prisiones y otros centros dependientes de su departamento, sin que Silvela intente siquiera contenerle en ese camino invasor de la plaga frailuna y monacal, porque la campanilla presidencial se ha impuesto el otro presidente, y hay que soportar, por una temporada corta, las exigencias del Sr. Pidal, sin perjuicio de crucificarle también después.

El Ministro de la Guerra, discutido, por pase á otro cargo, y como consecuencia de esto, una amplia combinación de mandos militares, que afecta á dos ó tres capitánías y á otros cargos, arrojando por la borda al discreto general Ciriza, para que pase á ocupar su puesto el inválido de Parañaque, que es la garantía necesaria al régimen para este gobierno, y para el que venga, que habrá de conservar en su puesto al general Polavieja.

Los ministros de Instrucción y de Obras públicas trabajan por su cuenta, y hacen y deshacen á su antojo, sin que la autoridad del presidente ni los respetos al Consejo les importen.

Esto es una Babel, en la que cada uno habla en su lengua, se maldicen los unos á los otros, denostándose cruelmente, y aunque en apariencia viven juntos, se odian cordialísimamente y amenazan algunos caer, pero caer con estrépito, para llevarse tras de sí lo poco que queda al Gobierno y al partido imperante, si es que á ese compuesto de elementos heterogéneos, unidos por vanidad, se le puede llamar partido ni cosa que se le parezca.

Silvela fué exaltado por sorpresa al poder; hasta ahora ha vivido de la benevolencia de las minorías, y desde hoy en adelante es un prisionero del poder, atado al carro gubernamental hasta que se realice un suceso de familia, para el que no quieren prestar consejo los demás partidos monárquicos.

Va al Parlamento, no decidido á luchar, porque no tiene fuerzas ni autoridad, sino obligado por los compromisos contraídos, como acusado cogido *in fraganti*, que pretende atenuaciones á su delito.

Este pedirá un *bill*, fundado en las eximentes de arrebató y obcecación. ¿Se arropará el Parlamento, cubriendo su responsabilidad, ó demostrará la acusación que la obcecación es agravante, porque medió engaño, porque hubo dolo y porque el disimulo hipócrita le valió procurarse los elementos necesarios para la perpetración del delito?

Si el país juzgara, su fallo sería condenatorio. Si el Parlamento fuera el reflejo de las aspiraciones nacionales, seguiría las demandas del país; pero más atento á las conveniencias del régimen, fulminará contra él acusación tremenda, pero, al fin y al cabo, le absolverá, porque la garantía así lo quiere, y el cadáver gubernamental seguirá arrastrando su precaria y vergonzosa existencia, hasta que el fausto suceso se verifique, y entonces un pretexto cualquiera, una causa secundaria, un fútil motivo, determinará la caída del actual Gobierno, para volver á empezar este turno burlesco é irrisorio.

La flamante espada de Parañaque, garantía actual de reales determinaciones, tiene trazado ya con el filo de su arma vencedora lo que ha de suceder, y así tiene que cumplirse.

El pueblo, á quien no se da parte en la comedia, debe intervenir como tercero, para convertir en drama este indigno sainete, pero en drama tremendo, de esos en que muere hasta el apuntador.

A. A.

## Murmuraciones

¿A que no saben ustedes por dónde se comenzó el pasado domingo la sesión en honor, y por la buena memoria del Dr. Salado, en la Escuela de Medicina de Sevilla?

Pues... ¡por el Padrenuestro!

—¿Por el Padrenuestro?

—Sí señor; el Sr. Arbolí, que es como el hueso de jamón en la puchera, para hacer buen caldo católico de una sesión en la que figuraban exclusivamente hombres de ciencia—aparte el Alcalde, que es hombre de tirilla y no de cie: cia; y el Sr. Arbolí, que representaba el hueso católico—el Sr. Arbolí—iba diciendo—se atrancó capote al brazo y entonando un Padrenuestro.

El eminente Dr. D. Federico Rubio, que asistía á la sesión, como fundador de la Escuela de Medicina, no hacía más que pasarse la mano por la extensa calva y mirar á todos lados como preguntando:

—¿Pero esta Escuela se ha convertido en sacristía?

Que quisieron que no quisieron, los doctores mascularon el Padrenuestro, algunos con verdadera devoción.

Algunos—lo sé de positivo—no rezaron el Padrenuestro, sino que rezaron un Ave María. Arbolí á ver si le entraban calenturas tifoideas.

Cuéntase que, una vez concluida la sesión, el Dr. Rubio preguntó á un amigo:

—Y dígame usted: ¿ese cursillito es hoy el Alcalde de Sevilla?

—Sí señor.

—¿Ese fué el que negó el auxilio del Ayuntamiento para que la Escuela honrara mi persona en mis pasadas bodas de plata?

—Sí señor.

—¿Ese...? ¡Pues si no tiene una mala sangría!

Y se alejó sonriendo tristemente, y murmurando:

—¡Pobre Sevilla!

Sagasta llegó á Palacio, y no estaba la familia, en el album de recuerdos dejó estampada su firma. Al salir, dióse de cara con la madre y con las niñas, y hubo una escena de amores, al decir verdad magnífica.

—¿El buen Pastor ya se marcha?

—¿Y por qué no sube arriba?

—Sabe usted que se le quiere...

—¿No toma usted una copita?

—¡Váyase ya preparando á colocar la familia!

Tenemos grandes deseos de que se case la chica.

¿Qué le parece la dote?

—¡Señora, una fruslería!

Para la nación que tiene tanta riqueza escondida, los veinticinco millones es cantidad bien exigua.

—Eso me ha dicho Silvela.

—¡Y cualquier lo diría!

Hemos perdido la Habana, Puerto-Rico, Filipinas, por salvarlos á vosotros, por salvar á la familia...

¿Qué sacrificio no haremos porque la comedia siga como va, representándose con bombos y percalinas?

—¡Como dicen que los pueblos están en la gran ruina!

—¡Lo de siempre! ¡Lo de siempre!

Es una música indigna. Pueblo que mantiene frailes de todas categorías, y que sin comer se queda por ir á ver las corridas de toros, ese es un pueblo que merece se le diga:

—¡A trabajar, haraganés!

¡A sostener la familia!

El pasado domingo—como todos los días—hubo procesión.

Y por esta vez, ó por este domingo, fué la procesión en Triana.

Las campanas de la parroquia del barrio de los gitanitos estaban locas de contenta.

¡Pum, pum! ¡Tan-tarantán! ¡Tan-tarantán!

Oír este repiqueteo el concejal *pepitilla* señor Real, y echarse manos al cinturón y apretárselo, y llamar un coche, y echar á correr á apagar el fuego... todo fué obra de un momento.

Por el camino iba en su coche desempedrando las calles, y apenas divisaba á un periodista:

—¡Fulano, Fulano!—le gritaba.—¡Súbase, que vamos á apagar el fuego!

—¿Qué fuego? ¿Pero hay fuego? ¿Dónde es el fuego?

—¡En Triana! ¡En Triana!—gritaba entusiasmado el concejal delegadillo universal del Ayuntamiento de la ciudad Mariana.

Y allá fueron en su coche atropellando transeuntes y gritando—¡Aguil! ¡Aguil! ¡Fuego, Fuego!—hasta llegar al populoso barrio, en el que los gitanitos y las buenas mozas estaban arremolinados presenciando el *paso* de su procesión.

En él iban la Señora Santa Ana y la Virgen santísima radiantes de hermosura...

—¿Dónde es el fuego?—pregunta azorado el susodicho concejal.

—En la sotana del cura—contestóle una comadre del barrio.—Arma mía, ¿no está usted viendo que estamos de jorgorio? A falta de pan, güenas son las procesiones.

Y el concejal *pepitilla* se volvió todo chasqueado, después de ver la procesión en coche.

—Pero, diga usted: ese coche...

—Lo paga el Ayuntamiento para que cada vez que ese señor concejal, ú otro, se le antoja suponer que hay fuego en cualquier punto de la ciudad, vaya sin bomba, sin bomberos y sin agua, á estorbar con sus acertadas disposiciones.

Afortunadamente, el Sr. Haro, síndico de la clase de cara de perro, pronto se hará cargo de las llaves del arca que costea todos esos dispendios de estos señoritos cursis, ¡y ya no va á haber coche para apagar el fuego, aunque se queme la camisa de fina batista con encajes de Holanda que usa para dormir la purísima concepción de nuestro Alcalde!

Asegura un telegrama que hoy publica nuestra prensa que será nombrado ministro de la paz y Guerra, no un general, sino un amigo de Polavieja... Por ejemplo: Fray Canastos ó Fray José de las Penas... ¡Ya estoy viendo á los soldados todos con casulla nueva!

Para celebrar ayer el día de Santa Teresa, día de la señora Superiora del Hospital Provincial de Sevilla, Sor Teresa de Jesús Mora, se dió...—¡en el Hospital Provincial, que no lo olviden ustedes!—una capea, ó sea una corrida de novillos.

Es decir: en el edificio en donde se albergan todos los desgraciados; en donde no se oye más que los quejidos lastimeros de multitud de infelices que yacen en aquellas salas tristes y frías—dos veces frías por las frialdades humanas que se llaman caridad mercenaria y olvido del mundo—all mismo, á las cuatro de la tarde, y bajo la presidencia del presidente de la Diputación provincial de Sevilla, señor Marqués de Esquivel...

Se dió suelta al primer becerro, que después de propinar no pocos sustos á los empleados de dicho centro, que tomaban parte en la lidia, fué capeado con aplauso, por el que ejercía de «matador», Manuel Martínez.

Fíjense ustedes bien: los empleados del Hospital Provincial de Sevilla celebrando una corrida de toros y divirtiéndose al Sr. Marqués de Esquivel, en tanto allá en las salas de enfermos lucharía entre los estertores de la muerte algún obrero infeliz, machacado en las contiendas de la vida.

Pero... no lo hacían á humo de paja. Era para proporcionar carne de curación, materia prima para la ciencia médica.

Verán ustedes:

«Durante la lidia hubo un incidente lamentable. El bicho saltó la barrera y alcanzó á un espectador, que resultó cogido y volteado *aparatosamente*, acudiendo al quite, con oportunidad, Fernando Domínguez, que escuchó una ovación.»

Siguió la corrida en el Hospital Provincial de Sevilla, y salió otro toro.

En este toro sucedió que...

«Al intentar señalar dos banderillas uno de los aficionados, fué cogido por la res, *sufriendo una herida cutánea en la region superciliar izquierda*».

Inmediatamente fué conducido á la enfermería, en donde el profesor de guardia, D. José Ruiz, le practicó la cura.»

No había que apurarse por cogida de más ó menos.

¡Como que la corrida se daba en el Hospital y había médicos de sobra!

Los toreros pasaban de los cuernos del toro á la enfermería del Hospital Provincial, y en último caso, al cementerio, que está allí junto.

Todo esto para celebrar el día de la Superiora del Hospital, Sor Teresa de Jesús Mora.

Y concluye la reseña *El Noticiero*:

«También Fernando Domínguez, al pasar de capa al becerrete, fué cogido y volteado, pero sin consecuencias.»

Lidiada la última res, sin accidentes desagradables, y con aplausos para los capeadores Martínez (Manuel), Fernández López y Franco Sayago, se dió por terminada la fiesta, resultando el *desfile brillante*.

¡Brillantísimo!

Tres heridos, dos magullados, Sor Teresa satisfechísima, los enfermos del Hospital oyendo desde el lecho del dolor la juega del Presidente de la Diputación presidiendo una corrida de toros en el Hospital Provincial, y...

¡Esta es Sevilla!

¡Estas son las autoridades de Sevilla!

Ese es el Presidente de la Diputación Provincial de Sevilla.

Y ese... ese es, D. Segismundo de la Cuesta, el Gobernador civil de Sevilla, que consiente estos actos indignos de todo pueblo culto.

Señor Ministro de la Gobernación: ¡Haga usted la vista gorda!

Señores sevillanos: Ya saben ustedes dónde hay otra plaza de toros:

En el Hospital Provincial de Sevilla.

¡Qué indignidad, y qué desvergüenza!

CARRASQUILLA.

## Vivir para ver

Ya teníamos convenido que el señor Real (Realito el municipal) era un hombre peligroso para el prestigio y los intereses de la administración; un cursi famélico, destetado con chocolate de patronas baratas.

Pues no hay tal. De ese error nos ha sacado, ó sustraído, con sus revelaciones, un municipal, exaventajado y barbero á ratos, en tiempos de cesantía.

—¿Qué se hace?—le dijimos al encontrarle ayer en traje de paisano, un tanto *neglige*.

—La barba—nos contestó.

Al notar cierta expresión de extrañeza en nuestro gesto, añadió:

—No, no es eso. No es que esté en el extremo de mal humor que ustedes suponen. Es que ando otra vez en mi oficio. Me dejó cesante el Alcalde porque me presenté á un servicio con una tirilla más blanca y mejor planchada que la suya, le entró la *corajina* que le acomete cuando pasa la noche mala y no tiene á mano la *madre perla*, y me desnudó de un plumazo; esto es, me *desmunicipalizó*.

—Ya...

—Y ahora hago la barba otra vez, como antes.

—Como antes, no. Ya la hará usted ateniéndose al reglamento ó bases que acordó el Ayuntamiento por iniciativa y proposición del señor Real.

Confesamos que nos mortificó no poco la carcajada que soltó nuestro barbero accidental, quien, repuesto de su hilaridad impertinente, objetó:

—¿Reglamento? ¿Bases?... No hay tal infundio, ni nunca lo habrá. Lo que hay es que ustedes los periodistas viven en Babia, y se tragan cada bola, que ni la que lleva el niño Dios en las manos.

—Pues ¿y eso?...

—Eso es que ustedes han dado por bueno y cierto lo de las reformas barberiles, ciertamente tratadas y acordadas en el Cabildo municipal, como tantas otras cosas que corrieron los mismos trámites y quedaron en simples conatos, como creyeron y creen que ese señor Real es un hombre importante, funesto mangoneador y «enreda la *guita*», siendo sólo un *guasón* ultra-refinado, que se está quedando en *chufa* hasta con el culto y clero...

—Pero...

—¡Sí, hombre! Todo aquello de los gabinetes peluqueros, del sublimado, de las *torundas* de

algodón, del fénico, del bórico... ¡guasa viva, hombre, guasa viva!

—Digo á usted....

—No me diga usted nada; Realito, ó el señor Real, no es un *memo* abusivo, ni un botarate á tontas y á locas, ni un pito sin culantrillo... Lo que es, lo que *se trae*, es el juego de despistar con extravagancias aparentes al que lo observa, para reirse de ustedes y *cortarse el bacalao* de camino. Cien proyectos le deben su paternidad, que no han sido otra cosa sino otros tantos petardos, que sorprenden al público y á él le hacen reír.

—De suerte, que lo del arreglo higiénico de las barberías....

—Es lo mismo que si se hubiera hablado de la «inmortalidad del alma del cangrejo...» Realito es más *vivo* de lo que se cree. Cuando larga en la Comisión, en Capítulo, en cualquier acto solemne, una pandorga, no le siga usted el juego; mirele usted á las manos, y verá cómo saca entre las uñas una *delegación* hasta para limpiar escupidores; porque eso deja. Ha sido tan eficaz el sistema que emplea de dar «*chocos por calamares*,» es decir, en llamar al toro público y espectador con la muleta de sus excéntricas y costosas majaderías, al lado de lo risible, que le ha sido siempre fácil herir con provecho donde se ha propuesto. Sólo una vez, muy reciente, le salió la criada respondona, quedándose sin la delegación para intervenir las harinas que se destinaron al consumo y pudieran estar adulteradas; pero en todos los demás casos ha resultado el delegado inevitable, el delegado *mangla*, el *oidium*, el *mildew*....

—Conque en eso de las harinas....

—Se la dieron «por boca». Ya se va haciendo el hombre sospechoso por su afán delegatorio, y hay quien sospecha que si hoy almuerza chuletas en vez de cazón, y si purea de lo bueno en vez de cultivar la tagarina, es porque las delegaciones influyen en sus gastos culinarios y sus vicios particulares.

—¡Exageraciones!

—Eso digo yo. Pero es el caso, que ya todos los tenientes de alcalde le han puesto la proa al Sr. Real, y se proponen resitir sus instrucciones gratuitas en todos los servicios.

Nos despedimos de ese municipal y barbero *per accident*, acongojados por su maledicencia; pero diciéndonos:—¿Será verdad eso de las delegaciones?

Y nos acordamos del versito:

«Lisardo, en el mundo hay más.»

VILLA-GRAN.

## Las corridas de toros

Un toro ha cogido en la plaza de Barcelona á un diestro y le ha ocasionado la muerte. La prensa, salvas honrosas excepciones, se ha limitado á comentar el suceso y poner al matador en las nubes. Nada contra la fiesta ha dicho, con ser la más infame y brutal del mundo. ¿Qué esperar de un país en que esto sucede? La prensa se ha detenido en narrar la vida y las proezas del muerto, como si se tratara de un hombre que se hubiese consagrado á la educación ó á la grandeza del Reino.

Acacéció la cogida en el primer acto de la lucha, y siguió el espectáculo. Acertó á estar feliz en la muerte de los seis toros otro diestro, y fué calurosamente aplaudido. ¿Qué le importaba á aquella embrutecida muchedumbre la muerte de un hombre? No se habría conmovido espectador alguno ni aun cuando hubiera caído en la arena la mitad de la cuadrilla. ¿A qué iba sino á sentir violentas emociones?

Miden esos hombres la importancia de las corridas por los picadores derribados y los peligros de los banderilleros y los espadas; y si por acaso vieron á alguno en las astas de un toro, sienten complacencia y aun orgullo en referirlo. La muerte de un torero es, á su juicio, uno de los accidentes propios de la fiesta: estaría bien, dicen, que por eso se le supendiese. Contra esas desdichadas suertes, añaden, hay en la plaza un hospital y una capilla, y durante la corrida médicos y curas.

¡Valiente fiesta la que exige tan lúgubres prevenciones! ¡Valiente fiesta la que permite que suenen en los oídos del moribundo aplausos estrepitosos en honor del que le sucederá. Esto es precisamente lo que más pone de relieve su barbarie y los desastrosos efectos que produce. No sirve más que para empedernir los corazones y conducirlos á la maldad y al crimen.

No amamos nosotros á los toreros; no podemos amar á unos hombres que, por recoger un puñado de monedas, no sólo arriesgan infructuosamente la vida, sino que también reciben impávidos de una multitud desbordada los más insolentes é insólitos ultrajes. ¿No consienten acaso que todo el mundo los tutee y los mire como de inferior especie?

Pero son al fin hombres, hombres que bajaron tal vez á la plaza por tradiciones de familia ó por contagiosos ejemplos, y nos apiadamos de su muerte en lides inútiles que ningún fin humano legítimo ni cohonesta. ¿No habrá nunca un gobierno que ponga fin á tan salvajes fiestas, y nos moralice y civilice en más dignos espectáculos? Las fiestas han sido en todas las edades

medios de educación y de cultura; y Ministerios, Diputaciones y Ayuntamientos habrían de favorecer y estimular las que mejor condujeran á cultivar el entendimiento y templar el corazón del pueblo.

Conservar las corridas de toros es ya, además de un anacronismo, un verdadero crimen de lesa patria.

F. PI Y MARGALL.

## De actualidad

### DE LA PENÍNSULA

*El Liberal* pide al Gobierno un concurso eficaz para el Congreso hispano-americano, pensando y previniendo cuanto puede ofrecerse á las repúblicas americanas á cambio de ventajas y concesiones que ofrezcamos.

Parece fijada la apertura de las Cortes para el 12 de Noviembre.

Hoy ó mañana recibirá Allende los presupuestos de Gobernación, Marina y Presidencia del Consejo.

Este consigna 564,000 pesetas para un cable á Fernando Poo y otras reformas en la administración de aquella colonia.

Hoy volvieron á circular en el salón de conferencias del Congreso rumores de crisis.

Supónese que saldrá Dato, entrando en Gobernación Allende y en Hacienda Villaverde.

También decíase que dimitirá Gasset.

Silvela niega fundamento á esos rumores.

Confírmase que Villaverde será presidente del Congreso.

Los ministeriales dicen que Pidal está conforme y cede el puesto por motivos de salud, siendo perfecto ministerial.

Romero ha escrito á un amigo de Barcelona diciendo que se halla dispuesto á pasarse á la República.

En Barcelona proyéctase celebrar una Exposición de carbones nacionales.

Proyéctase también la fundación de un círculo democrático autonomista de ideas de regionalismo radical.

Los romeristas de Barcelona proyectan ir en tren especial para asistir al bauquete á Romero en Madrid.

En Granada la Asamblea de cosecheros de remolacha aprobó el reglamento de la Sociedad.

En la Asamblea de la Federación Obrera española hay 200 sociedades representadas.

Discútense los estatutos.

En Barcelona aumenta la crisis producida por la carestía del algodón.

Restringieron el trabajo varias fábricas.

*El Correo* examina los presupuestos desde 1850, demostrando la poca sinceridad con que se han hecho todos, y por qué se saldan con enorme déficit.

Aconseja la sinceridad.

Dato ha confirmado que Villaverde irá á la presidencia del Congreso.

Pidal ha expresado sus deseos de abandonar el cargo por motivos de salud, pero continuará prestando su apoyo al Gobierno.

A pesar de las declaraciones oficiosas, los pidalinos afirman que Pidal patentizará en breve su separación del gobierno en acto público.

La actitud de Pidal atribúyese generalmente á la carta de Ugarte en el *Diario de Barcelona*.

Supónese que Ugarte dimitirá.

### DEL EXTRANJERO

El Gobierno alemán pedirá un crédito de 20 millones para la reforma de siete acorazados.

Austria ha pedido á Suiza que convoque una conferencia internacional anarquista.

*Le Figaro* publica un artículo contra las corridas de toros.

Dicen de Tanger que Mohamed Torres inauguró ayer sus funciones en el nuevo ministerio de Relaciones exteriores.

El gobierno yanqui reclama 5,000 dólares de indemnización por la muerte de un yanqui en las calles de Fez por una turba de fanáticos.

Los boers han destruido el ferrocarril de Standerton.

Hamiton llegó á Kronstad procedente de Lindley.

En la travesía ha tenido varias escaramuzas.

Roberts opónese al licenciamiento de los voluntarios del transvaal, que traería fatales consecuencias.

Los rusos se apoderaron de Chehaikowan.

Los alemanes ocupan el gran arsenal de Tient-Sint.

Los emperadores de China llegaron á Singanfu.

Durante el viaje trataron de asesinar al emperador.

Ha sido decapitado el autor del atentado.

Los insurrectos de china están dispuestos á combatir la dinastía actual.

Los leales han recuperado á Weichan.

## La campana y el viento

Esa hora misteriosa y vaga de la tarde había sonado. De lo alto del campanario salió zumbando por los aires el eco recio de la campana que anunciaba la oración silenciosa del crepúsculo.

Las golondrinas piaban en torno de sus nidos toscos, y los hijuelos, con el pico abierto, devoraban la última pitanza del día arrebuñándose como aterrados de la noche, hundiéndose entre la muelle cama de plumas y ramitos en el último rincón de su albergue.

Sombras que bajaban de allá de lo alto del cielo, rodando intangibles por la falda de la sierra; llegaban lentas y medrosas al valle.

El bosque, los árboles, el lecho del río que corría por la llanura poblada de olivos y frondosos parrales, fueron como borrándose, perdiéndose, muriendo en la luz que lucía en jirones de rojizas nubes por Oriente, donde el sol se hundió.

El viento en noche de otoño sopló con fuerza, sacudió los hermosos árboles de la alameda y arrastró al suelo millones de hojas muertas, rugosas y amarillas como cadáveres.

Luego la noche adormió al mundo; el cielo se coronó de estrellas lucientes, magníficas, como diadema de perdidos brillantes en un espacio infinito.

Los hados invisibles que palpitan y viven en las sombras se dispersaron, y con las bandadas de buhos que salieron de las grietas y las escombreras de derruidos castillos, ellos también del caos de lo desconocido, de lo misterioso, escaparon lanzándose al mundo de la noche.

La campana, que se asienta prendida de sus recios brazos engastados en el muro de la torre, ha callado, el tan, tan, tan de la oración, pero durmiendo sueña perdida en las alturas de la torre en medio de la siniestra y medrosa noche, evoca recuerdos, conversa quizás ó canta en ignorada lengua con el viento, que pasa á escape por las aspilleras haciendo vibrar el bronce. Oid su extraña canción:

La campana.—He visto luengos años esbozar el alba risueña bañando de luz los hermosos campos, y en días de fiesta el repiqueteo alegre al golpear ligero de mi badajo esparcía entre las mozuclas el contento. Vistosos tocados aderezaron sus cuerpos esbeltos de vírgenes, y bailes y zambras se sucedieron en alegre y ruidoso tropel.

El viento.—Yo pasé silbando y me llevé tus ecos alegres.

La campana.—Vinieron los días tristes del invierno, y cuando las primeras nubes rojas anunciaron las duras heladas, llegó el día de difuntos.

Entonces tañí, como deshaciéndome en lágrimas; mis ecos llenaron las grutas de dolor; salieron de sus tristes casas las viudas, los huérfanos, vestidos con ropajes negros flotantes al viento del otoño, como jirones de dolor, y en la larga hilería, al compás lúgubre de mi incesante tan, tan, tan, marchaban hacia las olvidadas tumbas de los que fueron. Aquellos tristes peregrinos del dolor no cantaban ya como en los alegres días que pasaron.

Llevaban coronas de mirtos, cuyas pálidas flores regaban con su llanto, y la puerta desvenecijada del cementerio se las fué tragando, y cayeron de hinojos sobre la tierra sembrada de cruces negras, bajo las cuales dormían por siempre los muertos.

Después, y siempre melancólicos, tornaron aquellas gentes á sus hogares, y allí, arrimados al tronco añoso de encina, bajo la enorme chimenea del hogar, los viejos contaron medrosas historias, y el sueño letal pavoroso aterró á los chiquillos.

Visiones malditas de fantasmas, escapadas de sus sepúlcros, poblaron los aires, y allá, en los jarales de la sierra, el viento hizo salir de sus guaridas las manadas de lobos, que, ahullando, se esparcieron por los sombríos campos, degollando las ovejas encerradas en sus apriscos.

El viento.—Yo llevé siempre en mis alas fantásticas esos ecos de dolor.

La extraña canción ha cesado ya.

Es la aurora que empieza, y las sombras se pierden en la luz que viene.

Pasó la noche. El sol asoma en su lecho de nubecillas de púrpura; las palmeras sacuden sus copas verdes; la campana toca la oración del

alba; las verdinegras golondrinas saltan de su nido al viento; el lecho del río se esmalta en colores y los dorados rayos del sol se quiebran en sus aguas tranquilas.

En el bosque aletean los gorriones cantando al día; las tórtolas arrullan amores y el césped que cubre la tierra, verdea frondoso, esmaltado de rocío fresco.

El viento y la campana han cesado en su canción.

Con el día luminoso y alegre, las sombras, los ecos de dolor, las tristes canciones que en la noche viven, huyeron, se esfumaron, perdiéndose para luego, á esa hora misteriosa y vaga del crepúsculo, cuando los pájaros buscan su nido y vienen las brumas negras, volver á pasear de nuevo por el mundo.

ENRIQUE VALENCIA.

## Crónicas teatrales

### «VIRGINIA»

Tiempo pasará sin que en Sevilla se represente una obra teatral con el lujo y la propiedad escénicas con que anoche se representó la tragedia del insigne Tamayo.

Acostumbrados á la pobreza en decorado y vestuario con que siempre se pusieron en nuestros teatros las obras—salvo contadas excepciones—tuvo forzosamente que llamar la atención el derroche hecho en una y otra cosa.

Tanto es así, que ni el mérito literario de la tragedia, ni el esfuerzo realizado por los artistas para vencer las naturales dificultades que le supone la interpretación de una obra de este género, constituyeron la parte primordial del ruidoso éxito alcanzado por *Virginia*. En éste influyó poderosamente la presentación, que hizo fuese completa la ficción.

Nuestro aplauso, pues, á la dirección artística.

¿Nuestra opinión acerca de la tragedia? Carecemos de autoridad para juzgar la producción de uno de los más castizos literatos de este siglo, del eximio maestro en el habla castellana.

Conocíamos *Virginia* antes de que su autor la reformase, dejándola tal y como anoche se representó, y justo es manifestar que si en el desmoche cayeron algunos de los hermosos pensamientos que contenía, como obra teatral ganó, y no poco; pues, acortadas las parlamentos, quitósele pesadez á muchas escenas y se le dió mayor animación al diálogo.

La tragedia de D. Manuel Tamayo y Baus será un acontecimiento donde quiera que se represente, y se sostendrá en los programas muchas noches.

No hay que decir que quien gana con ello es el Arte, y que María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, gastándose un dineral en montar la obra, patentizan su amor á nuestro teatro y prestan un servicio á la buena causa de éste, haciéndole saborear á la generación presente las grandezas de concepciones que le son casi desconocidas, y que siempre serán gallardas muestras del ingenio humano.

Ya hemos dicho que los artistas, todos los que en la tragedia trabajaron, esforzándose por salir airoso, y que algunos lo consiguieron, declamando en una textura á la que no están acostumbrados.

María Guerrero tuvo momentos felicísimos, en los que se mostró á la altura de su reputación de gran artista.

Hizo sentir al público las mismas torturas que ella sentía ante el tiránico amor de *Claudio*.

Díaz de Mendoza mereció asimismo el entusiasta aplauso en algunas escenas, en las que reveló su talento, salvando con maestría las dificultades de su papel.

Los demás... los demás ya lo hemos dicho: haciendo cuanto de ellos dependía por salir airoso, aunque algunos adoptasen actitudes *estatuarias* en la declamación.

En conjunto la obra muy bien ensayada y el éxito de aquella merced. Al finalizar la tragedia se alzó el telón muchas veces en medio de una entusiasta ovación.

De las decoraciones, todas construidas en Italia, merecen mencionarse la del segundo acto que representa el interior de la casa de *Marco Claudio*, donde se encuentra retenida *Virginia*, y la del quinto el foro romano. En la primera de las mencionadas hay un efecto de luna precioso.

Esta noche se vuelve á representar la hermosa tragedia, y seguramente á presenciársela acudirá el mismo y numeroso público que anoche acudió.

## Noticias locales

### SOCIEDAD ECONÓMICA

Anoche á las ocho celebró junta general ordinaria la Sociedad Económica de Amigos del País, para el despacho de los asuntos pendientes.

Presidió el Sr. González Alvarez (don Francisco), actuando de secretario D. Estanislao D' Angelo.

Entre los acuerdos que se tomaron figuraron como principales los siguientes:

Adherirse al pensamiento del doctor Moliner, sobre la ley protectora de los tuberculosos pobres.

Tomar en consideración una instancia dirigida por D. Santiago Ortega, como inventor de